

VICENTE DE PAUL

LA CARIDAD POR AMOR DE DIOS,

NOVELA ORIGINAL

ENRIQUE WERTNER DE SUZANA

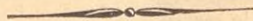
EDICION DEL AUTOR

Madrid, D. Calvo y Bataillon, Calle de San Mateo, 10.

VICENTE DE PAUL

6

LA CARIDAD POR AMOR DE DIOS.



*A. Alton*  
*Escritor*

9594

Es propiedad del Editor.

*Faint handwritten text in brown ink, possibly a signature or date, located in the lower-left quadrant of the page.*

VICENTE DE PAUL

6

LA CARIDAD POR AMOR DE DIOS,

NOVELA HISTORICA

POR

ENRIQUE WERTHY DE GUZMAN,

PRÓLOGO DEL PRESBITERO

Doctor D. Emilio Moreno Cebada,

Predicador de S. M. y del arzobispado de Toledo,  
examinador sinodal en varias diócesis, etc. etc.

«Tendrán, además, por monasterio, la  
»casa del enfermo; por celda, un cuarto  
»alquilado; por capilla, la iglesia de su  
»parroquia; por claustro, las calles de la  
»ciudad ó las salas de los hospitales; por  
»reclusión, la obediencia; por celosías y  
»rejillas, el temor de Dios; por velo, la mo-  
»destia.»—VICENTE DE PAUL.

IMPRESO CON LICENCIA DEL DIOCESANO.

*Emilio Moreno Cebada*

MADRID.

IMPRESA DE D. EUSEBIO FRÉIXA, Á CARGO DE ENRIQUE DE LA RIVA,  
calle del Barquillo, núm. 15, cuarto bajo.

1867.

VICENTE DE PAUL

LA CARIDAD POR AMOR DE DIOS

NOVELA HISTORICA

TOMO I

ENRIQUE WERTHY DE GUZMAN

PROLOGO DEL PRESBITERO

Doctor D. Emilio Marcan Cabrer

Traductor de S. M. y del estado de Toledo.  
Examinador sinodal en varias ocasiones, etc. etc.

El teatro, cuando, por momentos, la  
voz del enfermo, por cada un cuarto  
alguno, por cada un cuarto de  
partida; por dentro, las calles de la  
ciudad a las sales de los hospitales; por  
exclusión, la epidemia; por elos  
arjes, el amor de Dios, por la, si no  
alcanza. — Versos de P. A.

IMPRESO CON LICENCIA DEL GOBIERNO

MADRID

Imprenta de D. EL SEBIO PEREZ, y casa de Enrique de la Hija,  
Calle del Barquillo, num. 13, cuarto bajo

1847

*Maria Josefa*

## PARTE PRIMERA.

### PRUDENCIA.

# LIBRO PRIMERO.

## UN HOMBRE BUENO.

### CAPÍTULO PRIMERO.

De cómo el viento contesta á una pregunta.

Nos hallamos en una de las primeras noches de Febrero del año 1638.

La muy noble villa de París, como se llamaba entónces á la gran ciudad prebostal, á eso de media noche se hallaba alumbrada por el triple resplandor que vamos á indicar. Primero, por la trémula luz que despedían algunos faroles colgados ante las imágenes que, empotradas en nichos de piedra, veíanse en una que otra esquina ó sobre algun portal; segundo, por los opacos reflejos de la luna, que al través de un cielo plomizo, teñían el espacio de cierto blanquecino tinte, y tercero, por esa vaga exhalacion fosforescente que despide la nieve recién caída, y que, cual inmensa sábana, cubría á la metrópoli entera en los momentos de que hablamos.

Diremos, como de paso, que los años sucesivos dieron al de 1638 el dictado de *año de las nieves*.

Por lo expuesto se comprenderá que París en tal noche y á tal hora, se hallaba poco ménos que á oscuras. Un decreto autorizado por el Parlamento, concedía á la ciudad el *privilegio* de alumbrado público mediante ciertas restricciones de economía, una de las cuales era de no encender los faroles en las fechas que el almanaque marcaba *noche de luna*, y como la noche á que nos referimos era una de aquellas, el decreto se observaba con todo su rigor. Esto no obstante, nadie podía eximirse en tiempo de luna ó nó, de llevar un farol encendido pasado el toque de ánimas; lo que venía á ser, además de útil para distinguir el terreno en que se andaba, una especie de documento de seguridad para todo transeunte, al tropezar con las fuerzas armadas que rondaban, (ó rondar debían) por sus desiertas calles.

París entónces contaba segun unos estadistas, cerca un millon de habitantes; segun otros, distaba mucho de alcanzar esta importante cifra. Para nosotros importa bien poco saber esto á punto fijo.

Importa sí, que nuestros lectores nos acompañen hasta uno de los puentes que, inmediatos á la puerta de Santiago, atravesaba el Sena. Hoy ni existe el puente ni la puerta, pero figurémonos que la puerta de Santiago comunicaba con los arrabales de San Antonio y la Rapée, que eran compuestos de las calles más tortuosas y estrechas, y de casas muchas de ellas ruinosas y deshabitadas, á poca distancia de donde hoy ocupa la cárcel Mazas, y tendremos siquiera una imperfecta idea del lugar donde nos trasladamos.

Desde el puente se distinguía el Sena como una tortuosa é inmensa cinta de cristal. El agua estaba helada hasta gran profundidad: la artillería de aquellos tiempos hubiera podido resbalarse por encima, sin dejar más huella en su superficie que el vuelo de un pájaro por los aires. Los rios cuando están helados son como los árboles sin hojas, no ru-

jen ni murmuran, silban: son como una arpa expuesta á los ímpetus del viento. Y el viento de aquella noche era tan fuerte, y regolfaba con tal violencia en los recodos y márgenes del Sena, que infundia pavor oírle chillar como un condenado. El nordeste en París es siempre imponente. En semejante noche habia dado en producir sobre el Sena cierta armonía acre, loca, extraña: lo habia convertido en un inmenso tímpano tocado por una mano invisible. ¿A qué atribuir, empero, este misterio? Vamos á explicarlo.

Las riberas del Sena estaban en aquellos tiempos más pobladas de árboles que de casas. Pues bien; los árboles estaban revestidos de carámbanos de nieve, lo mismo que los vetustos aleros de los pocos edificios que se dibujaban siniestramente en su fondo. El viento quebraba á puñados tales cristalizaciones, y llevándolas en sus alas, las arrojaba al abismo de hielo que formaba el Sena: al caer en él, deslizándose en su superficie con la fuerza de la piedra arrojada por la mano del hombre, producian esa música argentina, esa vibracion de cuerda, esa armonía extraña de que hablamos, y que si bien semejante á las notas dadas por un inmenso tímpano, no era ménos comparable á una fuerte lluvia de granizo sobre un exorbitante campanólogo.

La naturaleza nunca es muda: tiene sus acentos, y estos acentos tienen tambien sus ecos para cada uno de los instantes que atraviesa en sus múltiples transformaciones. Los rios murmuran, silban, cantan, braman, truenan: el Sena en particular tiene voces tremendas y ecos que horrorizan. Esto muchos lo saben, pero solo comprenderá lo que decimos, aquel que alguna vez se haya entretenido en arrojar horizontalmente piedras sobre la superficie de un estanque helado, pues de otro modo difícil consideramos se alcance á nadie el efecto de semejante misteriosa salmodia.

Este fenómeno, ocurrido en la lobreguez de una noche cuya atmósfera debia estar por lo ménos á la presion de ocho grados bajo cero, experimentaba sus interrupciones. Entónces

reinaba un silencio de muerte. Era durante el espacio que mediaba entre una y otra ráfaga del huracan. No tenia tampoco, al parecer, la escena, espectadores.

En aquella época, los serenos de la ciudad cantaban anunciando la hora, y despues añadian á la hora esta colilla: *Paris está tranquilo, dormid en paz*; lo cual era una nécia redundancia, pues cuando Paris se alborotaba, por poco que fuese, los arqueros y arcabuceros se encargaban de velar por su tranquilidad. En semejante noche no se oia la voz de ningun sereno. El único acento que de vez en cuando rasgaba los aires, era el *¡alerta!* de los centinelas y el toque de las campanadas de los relojes desde lo alto de sus torres. Pero no habia en ningun modo que fiarse de sus toques, porque el huracan se tragaba la mayor parte de ellos ó los ahuyentaba con su soplo.

Y hé aquí que de repente dibújase sobre la nieve una sombra movediza; sombra que aumenta ó disminuye á medida que la vemos acercarse ó alejarse por el lado del llamado *Puente Nuevo*. La nieve helada y quebradiza como el cristal, producía un ruido parecido al de los pasos de un hombre con zapatos groseramente clavateados. Y era efectivamente un hombre que transitaba por la nieve, lo que parecia una sombra.

Llevaba un sombrero de anchas alas atado con una cinta debajo de la barba: el viento de otro modo se lo hubiera llevado, pero esto no impedia que sus alas se agitasen como las de una gaviota. El hombre llevaba la barba crecida, que era clara y cana. Vestía traje talar, compuesto de sotana, sujeta en la cintura por medio de una ancha faja de lana negra, y capote de grosero paño. No iba embozado, ni llevaba guantes, que en aquella época se estilaban de piel de rata para mejor resguardarse del frio. A su paso veíase oscilar una pequeña y resplandeciente linterna, que llevaba medio oculta entre los pliegues del capote.

Tendría este hombre la edad de unos cuarenta y tres á cuarenta y cinco años.



Nada más dulce y apacible que su rostro: su fisonomía respiraba una alegría infinita, pero en aquellos momentos, preciso es confesar que su mirada indicaba cierta turbación que correspondía exactamente á la inseguridad de sus pasos. Andaba, se paraba, retrocedía. Cuando iba hácia un lugar, parecía correr al alcance de algun objeto muy inmediato á su persona; cuando retrocedía hácia el punto de partida, era como quien vá á sorprender algo sigilosamente. Si se paraba, ponía el oído atento á algun rumor ó á alguna voz que creía percibir. Escuchaba en todas direcciones, con una insistencia tal, que no dejaba duda de hallarse seguro de no ser ilusion lo que oía.

Evidentemente los silbidos del huracan le contrariaban, unas veces atronando sus oídos, otras alejando de ellos todo eco, entre los cuales parecía aguardar alguno con ansiedad febril. Más aun. Nos atrevemos á asegurar que aquel hombre sostenía un audaz colóquio con la naturaleza desenfadada al rededor suyo. Se las tenía tiesas, como suele decirse, con el huracan: le reconvenía, en una palabra.

Nadie se atreve á mirar las tempestades de los cielos frente á frente, sin tener el corazón agitado por una tempestad mayor. En el fondo del cráneo ó en el corazón de las humanas criaturas, rujen á veces huracanes poderosos. Pero no todas las tormentas proceden del infierno...

¿Quién era aquel hombre que parecía reconvenir al temporal? ¿Qué hacía allí en medio de una soledad de muerte, inquieto, vacilante, aunque pertinaz, por lo visto, en su propósito? ¿Qué buscaba en medio de un terreno convertido en una desierta nevera? ¿Qué esperaba allí donde solo su sombra se distinguía en toda la extensión capaz de abarcar la vista humana?

Sigámosle al atravesar el *Puente Nuevo*.

En el extremo occidental de este puente, había una cruz de hierro sobre un pedestal formado por tres escalones.

Allí nuestro hombre dobló la rodilla y se le oyó murmurar:

—¡Señor, guíadme!.. ¡Vos sois el padre de todas las criaturas; el consuelo de los desamparados!.. ¡Yo lo he oído!.. Hay un infante que muere. ¿Dónde está?

Y como si fuese el propio eco de estas palabras, una ráfaga de viento, pero débil, blanda, sonora cual los suspiros de la brisa de verano que apenas logra agitar las hojas de los árboles, llevó á sus oídos el llanto de una criatura.

El hombre se levantó instantáneamente, como movido por un resorte poderoso, y puso el oído atento hácia el punto donde le pareció que el eco murmuraba:

—¡Aquí! ¡aquí!..

Dió algunos pasos hácia la baranda del puente y volvió á escuchar, apoyado de brazos sobre la nieve de que estaba cubierta, y al punto resonó otra vez el llanto de un recién nacido... Miró primero al fondo, despues á la márgen del rio, y exclamó por fin, cruzando los dedos de sus manos al tiempo de besarlos con infinito trasporte de alegría:

—¡Oh! ¡gracias, Dios mio; gracias!

El huracan volvió á rugir imponente, y aquel hombre—Sacerdote segun el traje—puede decirse que se desvaneció como una sombra...

Poco despues se le vió bajar dos escalones de una gradería de piedra que correspondía precisamente debajo del estribo del puente donde acontecia lo que acabamos de referir, y allí vió-sele recoger una cesta de mimbres cuidadosamente tapada. Su primera operacion fué envolverla con su capa, colocándosela debajo del brazo. Para practicar esto, habia dejado á muy poca distancia el farol que llevaba, el cual volvió á coger enseguida y se puso á andar con paso precipitado, seguro, igual, como si fuese en medio del día y su edad la de un jóven de diez y ocho años.

Conocia aquel hombre tan bien todos aquellos sitios lúgubres y solitarios, y era tal su costumbre de andar de noche sobre la nieve y por empedrados los más escabrosos, que lo que decimos no deberá extrañar á nadie.

*Unos días*

Sigámosle ahora por la ribera izquierda del Sena hasta llegar á la puerta de Santiago.

Allí se pára; parece que se escucha á sí mismo... Se des-  
emboza, levanta la cesta á la altura de su vista, retira un  
pedazo de manta súa y raída que la encubria, y aparece una  
criatura que sin duda pocas horas ántes se hallaba encerrada  
aun en su claustro maternal. Apenas la envuelven los pañales.  
Ve que es un niño y exclama:

—¡Pobre angelito de Dios!..

Pero el niño apenas alienta; no llora... Aquel hombre de-  
tenido en medio de su veloz camino, le aplica los labios en  
sus mejillas. El niño estaba yerto.

Entónces murmura con acento de dolor:

—¡Moribundo!.. Y meneando la cabeza con marcada expresion del más vivo sentimiento, añade en alta voz y como si pretendiese que alguno oyese sus palabras:

—¡Oh!.. madre desnaturalizada! ¿que has hecho?

Enseguida se arrodilla sobre la nieve, coloca la linterna á un lado y en otro la cesta que sirviera de cuna al niño, y hace precipitadamente un hueco en la nieve. Estruja con las manos sobre aquel hueco un puñado de la misma, repetidas veces, proporcionándose un poco de agua por la filtracion y la liquidacion; conseguido su intento, pone al niño en aptitud conveniente, y recogiendo con el hueco de la mano el agua necesaria, dice al tiempo de esparcirla sobre su cabecita, describiendo la señal de la cruz:

—Pedro; yo te bautizo, en nombre del Padre, del Hijo y del Espiritu Santo.

Al caer las gotas del agua helada sobre la coronilla de la cabeza del niño, éste se estremeció un poco y rompió en un llanto que hizo tambien estremecer al Sacerdote, pero de alegría.

—¡Alabado sea el Señor! exclama entónces.

Luego se levanta, abriga al niño, coge la linterna, se emboza, y más precipitadamente que ántes, emprende de nuevo su camino.

Dirigióse entónces hácia la puerta de San Vicente, cruzó por algunas calles desiertas y ruinosas, y en la revuelta de una de ellas, á pocos pasos, se introdujo por un portal gritando:

—¡Señora Legrás! ¡señora Legrás!.. ¡abrid!

A las voces dadas para que le abriesen, salió por la puerta de la derecha de un gran patio, una mujer exclamando:

—¡Señor Abate, señor Abate!... ¡Ah, gracias á Dios; nos teniais muertas de angustia!.. Son cerca de las dos... ¡Qué noche! ¿De dónde venís?.. ¡Estateis muerto de frio!..

El interpelado contestó:

—Madama Legrás, démonos por muy contentos; no se ha perdido el tiempo. Venid, venid. Es un niño...

—¡Un niño! exclamó Mme. Legrás.

Y sin detenerse corrió á abrir la puerta de la izquierda del patio que correspondia frente la otra por donde acababa de salir. Ambos personajes se internaron por ella apresuradamente.

Unobrigado

## CAPÍTULO II.

### Una página de un diario.—Tres retratos parecidos.

La casa en que acababa de entrar el sujeto de quien hablamos, contaba algunos siglos de existencia. Su fachada, de enmohecida y negra sillería, ocupaba casi toda el ala izquierda de la calle, solitaria siempre, entre otras razones, por la de no dar en ella más que la espalda de algunos edificios que solo tenían practicadas una que otra puerta en las tapias ó muros que correspondían á otros tantos huertos ó jardines.

Nada más triste que el aspecto de esa casa en semejante calle situada.

No tenía ningun balcon ni tribuna: todo eran ventanas sin órden, sin simetría, desiguales entre sí y defendidas por anchas y salientes rejas de hierro. Tras de alguna de estas rejas, veíanse espesas celosías de madera abarcando su ámbito por completo. La puerta, practicada no bien al centro de la fachada, formaba un arco ojival, con ancho escudo de piedra sobre el mismo, casi derruido del todo, y una columna en cada jamba de órden semi-corintio, como si esto solo faltase para revelar al observador que la construcción del edificio no obedecía á idea alguna de unidad ni órden arquitectónico de ninguna clase. Este portal abría paso á un anchuroso patio adoquinado, cubierto de yerba, excepto en algunos puntos que, como otras tantas veredas en medio de un prado, indicaban el camino hácia tres puertas distintas, situadas una á cada lado del patio y otra en el fondo.

Este edificio que no contaba más que dos cuerpos de elevación, remataba en una espaciosa galería adornada con arca-  
das de madera y cañas, por las cuales la yedra y madreselva  
se entrelazaban á su placer é invadían las paredes contiguas.  
La circunstancia de atravesarse las ramas de dichas plantas  
de parte á parte de la galería, la que tenía todas las aparien-  
cias de un sitio ruinoso ó abandonado, demostraba harto evi-  
dentemente que por allí nadie transitaba.

Esta casa fué la primera *Inclusa* que se estableció en Fran-  
cia. Hasta el año á que nos referimos, 1638, solo hubo  
una mujer, viuda y pobre, llamada María Olivier, habi-  
tante en la calle de San Leándro, encargada de acoger los ex-  
pósitos de París que la policía ó los particulares recogían por  
las calles y demás sitios de la poblacion; encargo que se  
había impuesto la propia Olivier á cambio de las limosnas que  
le valía de personas caritativas. Mas júzguese de la importan-  
cia de un tal servicio, consignando que solo tenía dos criadas  
ó nodrizas á sus órdenes, por lo cual de milagro sobrevi-  
via á sus cuidados uno que otro huérfano, pues las necesida-  
des excedían infinitamente á sus recursos.—Se sabe también  
por confesion de la misma, que jamás había hecho bautizar á  
ninguno de ellos.

Hecha esta pequeña digresion, que no consideramos del to-  
do inútil, y conocido el patio de la casa á que hemos tras-  
ladado á nuestros lectores, observaremos que las tres puertas  
que veíanse á los lados del mismo, se hallaban practicadas  
sobre cuatro escalones, de modo que correspondían á la al-  
tura de unos tres palmos del nivel del suelo.

Estas puertas eran iguales entre sí y comunicaban con  
otras tantas habitaciones idénticas también la una á la  
otra.

La forma de las habitaciones era un cuadrilongo de unos  
sesenta pies de longitud por veinte de latitud; su techo alto  
y primorosamente artesonado á estilo puro arábigo, con pe-  
queños rosetones y filetes dorados; las paredes blancas, enye-

sadas al fino, tenían de trecho en trecho unos grandes relieves á guisa de marcos de cuadro, que en otros tiempos debían haber contenido sus correspondientes pinturas, pero que entonces no conservaban ningun vestigio siquiera de su existencia. El pavimento era de madera, y una puerta que habia en el fondo, se hallaba cubierta por un robusto tapiz con dibujos que recordaban alguna escena mística. En lo alto de las paredes, veíanse algunas ventanas ovaladas.

La estancia que correspondia á la derecha del patio, y por donde á las voces del Sacerdote hemos visto aparecer una señora con traje negro, estaba escasa y pobremente amueblada, pues no se veían en ella más que dos sillones de asiento de cuero, cuatro ó seis taburetes forrados de terciopelo verde con tachuelas de cobre, y una gran mesa de nogal conteniendo algunos papeles y libros con recado de escribir, mezclado todo entre vasos de estaño, jarros y tazas de grosero vidriado.

Los ángulos de esta estancia estaban ocupados, tres de ellos por altos armarios de madera de cedro con robustos cerrojos de bronce, y el otro por una chimenea saliente con grande alero, á estilo de hogar, y junto á la cual se hallaban los dos sillones que hemos mencionado. A la hora de que hablamos, ardía en la chimenea un fuego vivo y abundante.—Añadiremos que sobre la puerta de entrada habia un gran Crucifijo de marfil con cruz de ébano, bajo un dosel de terciopelo purpurino, y delante de la imágen ardía una pequeña lámpara de plata.

Pocos momentos ántes de que el Sacerdote llamase desde el patio á la señora Legrás, en esta estancia reinaba un silencio imponente. Se hallaban en ella tres personas, pero ni el aliento de su respiracion se percibia...

La una, sentada detrás de la indicada mesa, permanecía en aptitud de escribir, y por intervalos se la hubiera observado con la vista clavada en el Crucifijo con viva ansiedad, moviendo sus labios y aun levantando las manos como en ademán suplicante.

Esa mujer era Mme. Legrás. Tendría unos treinta años de edad. Nada más dulce, más apacible, más hermoso y seductor que su rostro, de una blancura sin igual, de una armonía sin límites, de una beatitud arrobadora. Sus ojos grandes, negros y rasgados, debajo una pestaña larga y poblada, se movían enternecidos y brillaban como dos estrellas del cielo. Su boca era pequeña; parecía formada por tres menudas hojas de clavel, dos de las cuales estuviesen unidas por un extremo dibujando su labio superior en forma de un arco de flecha. Su peinado contribuía no poco á embellecerla, pues sus blondos cabellos caían en pequeños rizos sobre el arranque de su bien contorneada frente hasta detrás de la oreja, y desde la parte posterior de la cabeza hasta la nuca, se recogían sus trenzas, que debían ser robustas y largas, en una especie de casco de terciopelo carmesí guarnecido de piel de chinchilla y á la usanza de aquellos tiempos, con sobrerred de cordones de oro. Parecía una reina, resplandeciente de gracia y majestad en medio de la lobreguez de un calabozo.

Ya que á nosotros nos es dable echar una ojeada sobre los papeles en los cuales escribía esta mujer, veamos su contenido:

«Dia 22.—El Abate está en casa del Cardenal. ¡Dios quiera que consiga su propósito! Todo puede esperarse de su elocuencia y de sus lágrimas; pero los negocios de estado traen tan atareado al consejero de la corona, que dudo, sin el auxilio directo del cielo, consiga nuestro intento...

»Ha llegado á las cuatro de la mañana, ¡Dios mio! con una mano ensangrentada... Dice que es una ligera caída. ¿Quién sabe? Las calles de París á estas horas están llenas de rufianes y ladrones... Pero él tiene un angel que le protege. Confío en que no será nada...

»¡Ah! Dice que tiene que volver á salir en el acto... ¿Dónde irá? ¡Buen Dios!.. Este hombre no descansa nunca.»

«Dia 23.—A las diez y media de la noche, cuando apenas acababa de salir nuestro amigo, ha vuelto ya. Dios vá pre-



miando sus afanes... Nos ha traído una niña de unos dos meses, hermosísima, pero con un hambre espantosa... Ha cogido el pecho en el acto; parece vividora... Dice Josefina que lo ménos hace doce horas que no ha mamado. Todas hemos rodeado á la nodriza y llorado de gozo al ver al pobre angelito... Ella tambien nos miraba, pareciendo con su dulce enternecimiento darnos las gracias á todas.—¡Ah, si las gentes supieran el inmenso placer que se encuentra en hacer el bien, hasta por egoismo todos seriamos buenos!..»

«Dia 24.—Son las dos de la madrugada, y el Abate no ha venido aun... La noche es espantosamente fria, y en estos momentos está nevando. ¡Esto es demasiado! Las hermanas, aprovechando un rato de silencio en las cunas, se hallan en este instante rogando á Dios por él. Yo uno mis ruegos á los suyos de todo corazon. ¡Que no le abandone Dios! ¿Qué seria de nuestra obra?..»

»En estos momentos oigo pasos; es él... ¡No me llama!.. Señal segura de que hoy sus fatigas han sido infructuosas.»

«Dia 25.—A las doce de la noche ha venido con dos niños... Uno de ellos moribundo; no pasará de esta noche, pues no cesan sus convulsiones: el otro pelagra tambien mucho; no llora ni quiere mamar por más que se haga. El Abate viene muerto de frio... Todo el calor de la chimenea no logra hacer parar su temblor. ¡Quiera Dios que no se ponga enfermo!..»

«Dia 26.—El huracan ruje sobre la nieve de una manera fúnebre y horrorosa. ¡Qué noche tan cruel!.. ¡Dios vele por los navegantes y por los pobres que se encuentran en los caminos! A estas horas no habrá un alma por las calles de París... Es más de la una de la noche, y como nuestro amigo aun no ha venido, ya no debemos esperarle: se habrá visto obligado á refugiarse en alguna casa, contrariando así la tormenta sus excursiones nocturnas... ¡Que descanse, siquiera sea una noche!..»

»¡Santo Dios! ¡me parece oír el ruido de sus pasos tan conocidos!.. ¡Ah, ah; me llama!.. ¡Cielos!..»

Hasta aquí podía leerse en aquellos papeles que formaban ya una voluminosa libreta.

Las otras dos personas de la estancia, pues hemos dicho eran tres las que había, ¿quiénes eran?

Traje oscuro vestían las dos, adornaban sus cabezas con una papalina blanca en forma de toca, y se hallaban sentadas en los sillones de cuero junto á la chimenea. Parecía que oraban, ó que escuchaban los silbidos de la tormenta llenas de miedo, pues cada vez que el viento se estrellaba contra los cristales de las altas ventanas del edificio, temblaban, se miraban la una á la otra y se encogían de hombros, como si temiesen que el edificio fuese á desplomarse sobre sus cabezas.

La una era conocida con el nombre de María de los Angeles; la otra, con el de Ceferina de la Cruz.

María era rúbia como el oro; sus ojos centelleantes de ternura; risueña como un ángel. Es imposible que en otra fisonomía se reflejase más viveza y más amorosidad á un tiempo que en la suya. Su boca parecía constantemente entreabierta para exhalar palabras que debían ser un canto celestial. Sus manos eran pequeñas y delicadas cual las de una niña; algo más amarillentas que su rostro. Su nariz griega á la perfección, dábale cierto aire de suave majestad, que no obstante su habitual sonrisa, imponía en su rostro el sello del respeto más profundo.

Ceferina era de rostro atezado, tenía ojos negros y una mirada lánguida en extremo. Su actitud constantemente meditabunda, infundía cierto sentimiento de compasión hacia ella, como ante una persona por cuyo rostro adivinamos terribles sufrimientos del alma. No obstante, esta mujer fascinaba, no sabemos si por su hermosura ó por su tristeza; por su rostro ó por su alma...

Tenía la primera la edad de veinte años; la segunda veintidos.

CAPÍTULO III.

La abertura de un registro.

La habitacion que correspondia á la izquierda del portal, no se hallaba tan desmantelada, si observamos que sus elevadas ventanas tenian gruesas cortinas que se corrían y descorrían por medio de cuerdas, atadas á un clavo á la altura conveniente, y que las paredes, desde el suelo hasta unos seis palmos del mismo, estaban cubiertas de una antigua ensambladura tupida y robusta. De distancia en distancia y arrimadas á esta ensambladura, habia una hilera de camas bajas y pequeñas, colocadas de modo que sus cabeceras tocaban en la alfombrada pared y hallábanse paralelas entre sí.

En rigor, esto que llamamos camas no lo eran, ó por lo menos su forma más se inclinaba á cuna que á otra cosa; y aun en sentido recto, tampoco eran cunas por lo que se diferenciaban de lo hasta entónces conocido como tales. Figurémosnos unas canastas de gruesos mimbres de poco más de unos cinco palmos de largo por tres de ancho y cuatro de alto; un colchoncito en el fondo con sus correspondientes sábanas, almohada y abrigo, todo lo cual apenas llegaba á la mitad de la altura de la canasta, que era sostenida por cuatro pies de madera, y tendremos descrito lo que dejamos al gusto de nuestros lectores designar con el nombre de cama ó cuna.

Convengamos, no obstante, en que si eran camas, ninguno de los pequeños séres destinados á descansar en ellas, podia *caerse de la cama*, y en que si eran cunas, ofrecian el inconveniente

niente de *no poder mecerse*. Y decimos *inconveniente* obligados por la costumbre, porque, ¿quién sabe si precisamente la inconveniencia está en la práctica de una costumbre que no puede ménos de atolondrar el cerebro de las criaturas, hasta el punto de aletargarlas á voluntad del que las domina?..

Como quiera; no en cada una de esto que nosotros llamaremos cunas, habia un niño, pero las que no los tenian, estaban preparadas para recibirle.

Así que Mme. Legrás hubo entrado en esta estancia en pos del Abate, salieron á su encuentro dos mujeres cuyo traje era idéntico al que vestian María y Ceferina.

La una de estas, la que parecia más jóven y venia corriendo, aunque á pasos cortos desde el fondo de la sala, preguntó en voz baja así que estuvo á la distancia conveniente para que pudiesen oirla:

—¿Traigo número?

—Sí, Evarista; contestó Mme. Legrás.

Y Evarista retrocedió precipitadamente al tiempo de decir:

—¡Número veinte y nueve!..

La otra avanzó hasta acercarse al Abate y dijo:

—Bien venido seais, señor. ¿Con qué nos ha favorecido el cielo?

—Con un niño, contestó; tomadle, Micaela.

—Dios le bendiga, repuso al tiempo de tomar la cesta que el otro le entregó por debajo la capa ó manteo que entónces llevaba embozado, y se dirigió corriendo á un ángulo de la estancia en que habia la chimenea, y junto á la chimenea un armáριο con varios compartimientos.

El Sacerdote y Mme. Legrás se encaminaron allí lentamente hablando en voz baja.

Cuando llegaron á la chimenea, Micaela se hallaba sentada. A su lado tenia una canasta llena de pañales cuidadosamente doblados, blancos como la leche, y que despedian una aroma suave y recreativa. Sostenia el niño en la falda

é iba desnudándolo con una ligereza y amorosidad que encantaba el verlo.

—¡Pobre hijo mio! decía en aquel momento; no te faltará madre, no tengas cuidado!

El niño lloraba, pero su llanto era débil, profundo; no parecía brotar de su pecho...

Por detrás de la silla de Micaela, el Abate y Mme. Legrás lo contemplaron un momento.

—¿Qué os parece, vivirá?—preguntó el primero.

—Está yerto, dijo Micaela tocándole los pies. ¡Pobre angelito!

Mme. Legrás se inclinó sobre la espalda de ésta y puso una mano sobre el corazón del niño.

—Respira bien, dijo.

Luego tomó su pulso y continuó:

—Regular... algo débil, pero, ¿qué queréis?... Milagro que no haya muerto... ¡Este niño hace muy pocas horas que ha nacido!.. ¡Si acaba de nacer!..

Y volviéndose al Abate, le preguntó:

—¿Dónde le habeis recogido?

—Debajo de uno de los estribos del Puente Nuevo.

—Haria un momento que estaba expuesto allí...

El Sacerdote suspiró y se sonrió á la vez.

—Nó, Mme. Legrás, nó, dijo; durante mucho tiempo he estado buscándole inútilmente: le oia llorar y no sabia dónde, porque el viento regolfaba en las encrucijadas de las calles y recodos del rio. Tan pronto me llamaba el eco por una parte como por otra...

—En este caso, yo aseguro que la naturaleza de este niño es muy robusta,—dijo la Legrás.

—¿Vivirá?—repuso el Sacerdote.

—¡Dios lo quiera!—exclamaron por toda contestacion la Legrás y Micaela.

—Tenia miedo de llevar á casa solo un cadáver: ved si es así, que ya está bautizado, *sub condicione*... no lloraba; me parecia que habia perdido el aliento...

—¿Lo habeis bautizado con agua del rio?—preguntó la hermana Micaela sonriendo con dulzura.

—¡Bah! dijo el Abate, ¡con agua del rio!.. ¡que está helada!.. que es más dura que la roca!..

—¿Pues?..

—Más fácil era derretir un poco de nieve. Hace tantos dias que se halla á mano en todas partes...

Iba Mme. Legrás á añadir algunas palabras, cuando Micaela exclamó repentinamente:

—¡Calle!.. ¿Qué es esto? ¿Qué se ha caido? ¿Un papel!..

—¡Un papel! exclamaron á un tiempo; á lo cual el Sacerdote añadió con manifiesta alegría:

—¡Dádmelo!

Mme. Legrás y Micaela se inclinaron para recoger un papel que efectivamente se habia caido al suelo al quitar al niño el último pañal en que iba envuelto.

Micaela lo cogió primero y lo entregó á la Legrás; ésta le puso en manos del Sacerdote, al tiempo de decir:

—¡Está escrito; mirad!..

Estaba el Abate de espaldas á la chimenea; al tomar el papel se volvió, é indicando á la Legrás que hiciese lo propio, se sentó junto á la lumbre á cuyos resplandores leyó lo siguiente:

«No tengo esperanzas de salvar al fruto de mis entrañas.  
 »Hijo del deshonor, el erimen lo condena á muerte... No obstante, si se verificase el milagro de que mi hijo ó hija se salvase, ¡ah! la madre más desgraciada de todas, advierte al ser caritativo que Dios se sirviese elegir por instrumento de su misericordia, que, á contar desde el dia décimo siguiente en adelante, y por espacio de treinta dias consecutivos, en la calle de S. Denis, se aguardará á la persona que después de las doce de la noche recorra tres veces seguidas dicha calle con un farol de cristales encarnados en la mano, parándose en cada extremo de ella por espacio de dos minutos.—Un dia ú otro de los treinta designados, mediante Dios, caerá un

*Victor Hugo*

»papel á sus piés... Que lo recoja y no revele á nadie su contenido. La recompensa será tan grande como la gratitud de la más desgraciada de las madres.»

El Abate dobló el papel y lo entregó á Mme. Legrás.

—Guardadle, le dijo, y poned encima número *veinte y nueve*. Que conste en el registro. El niño se llama Pedro.

En aquel momento se presentó Evarista con un escapulario que en una parte habia una imágen y en la otra un número.—El número era el 29.—Lo colocó en el cuello del niño y se puso á ayudar á Micaela, vistiéndole entre las dos en un abrir y cerrar de ojos. Después le colocaron en su correspondiente cuna, quedándose al pié de la misma la una de ellas, y la otra suministrando al niño, con un paño humedecido, algunas gotas de un líquido que éste ostentaba conatos de querer chupar.

Las dos hermanas se hablaban y sonreian con infinita dulzura.

—¡Vivirá, vivirá! exclamaban como no lo habria podido exclamar con más amoroso entusiasmo su propia madre.

El Abate entretanto se calentaba al amor de la lumbre. De cuando en cuando tiritaba de frio; pero procuraba disimularlo para que Mme. Legrás no le diese muestras de su profunda compasion.

## Lo que se sabía y lo que se traslucía.

De aquel hombre se contaban cosas muy notables. Se sabía de cierto que habia nacido en una pequeña aldea de la parroquia de Pony, inmediata á Acqs, ciudad episcopal, situada en los confines de los arenales ó landes de Burdeos, de una familia muy pobre, oriunda de España: se sabía que habia sido educado en un convento de franciscanos; que en Buset, ciudad distante cinco leguas de Tolosa, habia sido preceptor de los hijos de una de las familias más nobles de Francia, el gran Maestre de Malta, Juan de la Vallete, cargo que debió á la proteccion del duque de Epernon. Esto ántes de tomar órdenes sacerdotales. Tambien se sabía que habia estado en España á estudiar en la ciudad de Zaragoza, y que al regreso de un viaje que hizo desde Tolosa á Marsella, habia sido apresado por los berberiscos.—Parece que al preguntarle alguno sobre este punto, hubo de contestarle:

—¡Qué quereis! Habia en la Argelia un hombre á quien el diablo tentó y se hizo apóstata. El renegado no era del todo malo: necesitaba quien le volviese al buen camino... Apresándome los corsarios no hicieron más que pagar mi viaje hasta el punto donde se encontraba aquella alma extraviada. Yo no tenia dinero destinado á este objeto: me llevaron... y me lo llevé.

En el fondo era verdad todo esto, pero se olvidaba de



referir que habia sido esclavo de un pescador y después de un *espajirico* de Túnez ántes que del renegado; que su esclavitud duró dos años, y estuvo expuesto á morir mil veces, por los horribles sufrimientos que le hicieron pasar los infieles.— Los más terribles enemigos de una religion, secta ó partido, son los renegados: él tuvo que experimentar lo prácticamente. Pero al fin logró que el renegado se arrepintiese, y entónces juntos se trasladaron á Francia.

Si se le hablaba de esto solia contestar:

—¿Y os parece que no vale la pena?.. El salvar á una alma del pecado no tiene precio.

— En París conoció al respetable Sr. Berulle, después Cardenal. Este, adivinando sus virtudes, lo elevó al curato de Clíchi, que le lloró largo tiempo cuando el mismo señor Berulli lo separó de él para encargarle la educacion de los dos hijos de Felipe Manuel de Gondi, conde de Foigny, y general de las galeras de Francia.

— En Folleville no habia quien no le conociese; chicos ó grandes, hombres ó mujeres... Los que no recordaban el año 1617, habian oido contar que en 25 de Enero de dicho año, dia precisamente de la Conversion de S. Pablo, aquel hombre habia dirigido la palabra á muchos miles de personas, en medio de una plaza pública, porque la iglesia, que era suficiente para los vecinos de Folleville, no lo era para albergar los de los lugares y aldeas vecinas que acudieron á oírle. Dijo cosas admirables que todos entendieron y recordaban perfectamente. Casi no les habló más que de la caridad. Aquello fué una gran cruzada en favor de los pobres.

Fué tambien Cura de Chatillon-les-Dombes, pueblo bastante relajado por cierto, pero con tal éxito, que segun frase vulgar de sus contemporáneos, no habian trascurrido cuatro meses y... «Chatillon no se hallaba ya en Chatillon misma.» Allí su primer asociado fué el doctor Girard, hombre de gran fama en todo el departamento, y sus primeras asociadas las de Chaisaigne y la de Brunaud, mujeres ricas, nobles,

del gran mundo, que segun fama no tenian poco de que arrepentirse.

A propósito de sus asociadas, tuvo que responder una vez á la murmuracion de algunas gentes con estos retruécanos:

—El mérito no consiste en pasar de *buenos* á *mejores* tanto como de *malos* á *buenos*. ¿Creeis que esto no es posible? Mirad á esas de quienes murmurais; miradlas bien de cerca; acercios bien á ellas... Ya que sois buenas gentes no perdereis nada, pues que incitados con su ejemplo, pasareis, ¿quién lo duda? de *buenos* á *mejores*.

De Mr. Girard se decia algo que era un cargo concreto. Una señora, haciéndose eco de ellos, dijo cierto dia, á media voz, en una tertulia donde se reunian muchas buenas mujeres:

—«No confiesa con la frecuencia debida.»

Todas se escandalizaron, porque muchas de ellas confesaban por lo ménos una vez á la semana.

El Cura de Chatillon supo esto á los pocos dias, y se fué derecho á hacer una visita á la que tal dijo. No sabemos cómo, pero en la conversacion, él se hizo venir bien estas palabras:

—¿Sabeis los mandamientos de la Iglesia?

La señora se sonrió muy satisfactoriamente y dijo:

—¡Bah!.. pues no faltaba más!

—Decidme el segundo.

—Confesar por lo ménos una vez al año...

—Está muy bien, contestó el Cura de Chatillon, y fuera de esto, añadió, siempre es bueno descargar la conciencia de cuando en cuando. ¿No es así?

—Precisamente... ¡Yo confieso cada ocho dias!

—¡Hóla! repuso con cierta entonacion ligeramente satirica. Veo que no desperdiciáis la ocasion de pregonarlo; pero aquí, para entre los dos sea dicho, vuestra naturaleza es muy flaca, porque cada ocho dias prometeis no volver jamás á pecar y os engañais cada vez... ¡Ah, señora! procurad que de poco en poco no os sea necesario descargar la conciencia

Urbano VIII

si no más de tarde en tarde, y mejor para fortificaros en el bien que para arrepentiros del mal... Cuando este día llegue, participádmelo, porque me dareis una alegría; estareis á mis ojos á toda la altura del doctor Girard, *que es un justo...*

Inútil es decir que recalcó muy particularmente el acento sobre estas últimas palabras.

La señora comprendió la lección y la aprovechó.

A más de esto, se sabía que en la ciudad de Bresse había hecho prodigios con el influjo de su palabra y del ejemplo. Bresse era una ciudad muy pobre: él prodigóla tesoros en abundancia, reglamentando la caridad por primera vez, tanto que el Obispo de Paris en su edicto de 1.º de Junio de 1618, mandó á los Curas y Predicadores de su diócesis que exhortasen á los fieles á favorecer su santa y generosa empresa, y como no se limitaba á abogar solamente por una clase de pobres, tampoco se olvidó de los que gemian encarcelados, prodigándoles toda clase de consuelos, lo cual hizo mucho ruido; y como llegase á oídos del Rey Luis XIII, quien en medio de sus flaquezas tenía rasgos muy notables, le nombró Capellan mayor de todas las galeras del reino por Real orden de 8 de Febrero de 1619. También por entónces la muy célebre Juana Francisca de Chantal, acababa de fundar la *orden de la Visitation*, y el Obispo, después S. Francisco de Sales, le nombró superior de la misma. Más tarde, en 1632, el Papa Urbano VIII elevó la organizacion de socorros para los pobres á congregacion de *corpori cleri secularis*.

De modo que Papas, Reyes, Obispos y nobles de su tiempo, conocian á aquel hombre por sus virtudes, su actividad y su celo cristiano en favor de los pobres; pero, y esto es en gran manera singular, apenas le conocian personalmente. Estaba entre todos y de todos se ocultaba con un arte admirable. Se confundia entre la multitud, siempre distraído, preocupado: sabia no llamar la atención de nadie, lo cual es una gran ciencia entre hombres de verdadero mérito.—Los pobres le conocian más que los ricos, porque á los unos se presentaba

*Manuel de Paul*

á pedir y á los otros á dar. Los unos no siempre le daban, ni le daban á la mano; los otros recibian de él directamente los socorros: mas como velaba su persona con tan singular maestría de cierto incógnito, su nombre venia á ser con respecto á su persona, una especie de pseudónimo sabido de muy pocos. Todo el mundo conocia al Sacerdote á quien ya algunos llamaban *lugar teniente de la Providencia*, pero escaso era el número de los que conocian en el Abate que transitaba á pié y casi siempre aprisa por las calles, hallándose en todas partes y sin faltar en ninguna, al Sacerdote de la fama. Sucedia tambien que si los pobres le conocian más que los ricos, las mujeres le conocian más que los hombres, y los niños más que las mujeres... ¡Ah! es que tenia para los niños un tesoro inagotable de ternura, para las mujeres un respeto muy grande y cristiano, y para los hombres una dulce severidad que edifi-

—En el auxilio de la pared, ya comprendieran nuestros lectores que la señora Montreó no hubiera conseguido el mismo; lo que equivale á decir, que dos de los pies de su silla quedaban bastante mal parados.

La señora Montreó se levantó, y los respaldos de su silla de una familia ilustre de la academia, y los respaldos de su silla se permitían de vez en cuando gastar algunas hipérboles que casi siempre se referían á su propia persona ó á las cosas

**CAPÍTULO V.**

Lo que hubiera podido decir quien hubiese querido hablar.

En los días que corrían, este hombre habitaba accidentalmente en la casa de que hemos hablado, y ocupaba las estancias á que comunicaba la puerta que se veía en el fondo del patio.

Tenia á su servicio una mujer llamada Juana Montreó, á la cual no nombraba nunca sino *señora Montreó*.

Esta mujer era parienta lejana suya, y alguno se había aventurado á decir de los dos:

—¡Son tal para cual!.

La señora Montreó era de estatura mas bien baja que alta, de edad de unos cincuenta años, ágil y robusta, aunque de enjutas carnes. Hablaba muy poco y rezaba en voz baja. Llamaba á su habitación *gabinete*; pero en su gabinete no había más que una silla que servía para poner sus ropas al acostarse, y la palangana de estaño en el acto de lavarse todas las mañanas. Tenía una mesa al lado de la cama con una efigie de la Virgen al pié de la cruz, y para decirlo todo de una vez, gozaba del favor de un pedazo de estera que cubría más de la mitad del pavimento que á lo sumo mediría unos dieziseis palmos cuadrados.

Un día la Montreó oyó dar el nombre de *tripode* á un palanganero, y dijo:

—Mi tripode tiene cuatro pies; pero yo tengo la habilidad de hacerlo sostener con dos.

Sin el auxilio de la pared, ya comprenderán nuestros lectores que la señora Montreó no hubiera conseguido el milagro; lo que equivalía á decir, que dos de los piés de su silla estaban bastante mal parados.

La señora Montreó se firmaba *de* Montreó, porque descendía de una familia ilustre de la Gascuña, y los resabios de su país le permitían de vez en cuando gastar alguna hipérbolis que casi siempre se refería á su propia persona ó á las cosas que más inmediatamente á ella se referían.

Insiguiendo esta costumbre, llamaba á la habitacion del Sacerdote el *salon* del señor Abate. Lo de Abate estaba en boga, pero lo de *salon*... Solo la señora de Montreó podia llamar así á una estancia de veinte palmos cuadrados, con un sillón de cuero, un reclinatorio de madera de pino pintada de negro y un canapé de paja, sobre cuyo asiento campeaban á sus anchas dos almohadas con funda de percal blanco. Después, cuatro sillas arrimadas á las paredes y un brasero de cobre colocado en medio de la habitación, completaban el mueblaje de lo que la señora de Montreó llamaba graciosamente el *salon* del señor Abate.

Para dar una ligera idea de esa mujer, diremos que su cabeza infundia una profunda veneracion y singular respeto. En su juventud debia haber sido una belleza deslumbradora. Llevaba casi siempre una gorra de encaje de Flandes, negra, con puntilla acanalada en todo su rededor, sujeta con una sencilla lazada debajo de las trenzas en forma de red. El cabello, que lo tenia abundante, era como de finísima hebra de plata, partido en dos grandes bandas que le cubrían las orejas: al través de las espesas mallas de la gorra, su cabello resplandecía cual una lluvia de escaracha. Tenia la frente ancha, los ojos azules y brillantes; conservaba toda la dentadura, y su nariz era recta y bien formada. Su rostro, fuese por el contraste del plateado cabello, que en otro tiempo habia sido rúbio como el oro, ó por ser esta la cualidad de los que en su juventud han tenido el cutis de alabastro, la verdad es, que

*Montreó*

ostentaba cierto sonrosado color que rodeaba su ancianidad de todo el atractivo de la belleza.

Constantemente usaba vestidos negros que, al través de los años, y cual si el tiempo y los servicios nada les dijese, conservábanse siempre como nuevos.

Nadie como esa mujer conocia más á fondo al hombre de quien hablamos, y nadie por consiguiente le respetaba con más profunda veneracion que ella. Si hubiese querido hablar, las gentes hubieran sabido de él cosas admirables, porque hubieran conocido las más sencillas; las cosas de la vida íntima, las del hogar doméstico, que son generalmente las que mejor caracterizan á una persona; pero la señora Montreó hablaba poco, y más poco aun de su pariente y venerable Abate.

A pesar de la franqueza que la edad, los años y el parentesco, la autorizaban hasta cierto punto para con el Abate, nunca, al llegar éste á casa jadeante é inundado de sudor unas veces, y tiritando, muerto de frio otras; nunca, decimos, le preguntaba de dónde venia. Sabia por experiencia la inutilidad de esta pregunta; y si se permitia en cambio, con alguna frecuencia, preguntarle dónde iba, era para dolerse de él, con estas ó parecidas palabras:

—Apenas hace tres horas que habeis venido á dormir y ya os volveis... ¿Dónde vais, señor? ¿No comprendeis que esto es demasiado? Dios tampoco quiere esto.

En contestándole:

—¡Es preciso; es preciso!.. la señora Montreó se callaba, y encogiéndose de hombros, se contentaba con menear tristemente la cabeza al ver frustrados sus deseos.

¿Era la señora Montreó curiosa?

De ningun modo. Pero ella se pasaba sus malos ratos por culpa de su señor Abate, y más de una noche, siendo ya muy tarde, habia salido en su busca temerosa de que le hubiere sucedido algo. Jamás le habia encontrado; lo cual se convendrá, en que era más fácil sabiendo dónde buscarle que ignorándolo. Hé aquí el por qué de sus preguntas dirigidas

como al azar y con toda sutileza, para hacerle caer inocentemente en la celada. Él ignoraba esto, pero el propósito de la Montreó casi siempre quedaba frustrado.

—La mitad del tiempo que el Abate pasaba en su casa, lo ocupaba escribiendo, y la otra mitad, paseando por un patio interior lleno de árboles que la Montreó había convertido en delicioso jardín, sin otro trabajo que despejar los caminos de las ramas, que lo invadieran todo, y cuidar de revivir sus plantas sedientas y abandonadas, pues la casa había permanecido mucho tiempo inhabitada antes de dársele el destino que á la sazón tenía.

Este patio selvático, ó frondoso jardín, era, según la Montreó, el *gabinete de lectura* del señor Abate. En honor de la verdad, diremos que la Montreó no era del todo exacta en esto, pues el señor Abate, si bien se llevaba siempre un libro al ir al jardín, no pocas veces se le hubiera sorprendido hablando solo en vez de leer, ya inclinado sobre una flor, ya contemplando el curso de las aguas de una fuente que trazaba un pequeño riachuelo, en un confin de un sitio tan agreste que podríamos llamar espeso bosquecillo.

La Montreó le había sorprendido allí muchas veces hablando ú orando, en cuyo caso procuraba alejarse para no distraerle, pero cuando él, no le daba tiempo, por haberla visto, entónces ella, haciéndose la distraída, simulaba no haberle oído.

Diremos algo sobre esto.

—Una tarde, la anciana le sorprendió hablando solo, con las manos puestas en un rosal de entre cuyas frondosas ramas procuraba sacar un capullo, pues se hallaba encerrado dentro de un cerco formidable de espinos, y decía:

—¡Pobre flor!.. Ya ántes de nacer tienes preparada una existencia sin fortuna... No puede el sol inundarte con sus rayos de oro, encerrada entre muros punzantes; no pueden las embalsamadas brisas columpiarte sin que agudos gárfios desgarrén tu existencia. ¡Esto es injusto!.. Dios quiere que



todas las flores reciban la luz de su esplendente mirada, así como tambien el aura dulcísima de sus besos de amor!.. Dios es la justicia, y el hombre su brazo en la tierra.

Pero en aquel momento un ligero quejido vino á indicar que los dedos del Abate habian sido punzados por las espinas del rosal.

—Esto no importa, profirió al mismo tiempo; el bien que se hace sin que nada cueste, Dios no lo vé; el bien que no atrae la mirada de Dios, no entra en el número de las virtudes. Esto me prueba que esta rosa en capullo necesitaba de mí, y que debo estar satisfecho de haberla servido... ¡En el mundo todo tiene su lenguaje!

La Montreó pudo escapar sin que el Abate observase su presencia.

Otra vez no tuvo tan buena fortuna.

Celgado de la rama de un árbol á cuyo pié habia un poyo de granito, veíase una jaula-trampa. Dentro habia dos pájaros: un verderol y un jilguero. El verderol era el reclamo; el jilguero habia sido cazado en la traicionera jaula, sin duda muy pocos momentos ántes.

El Abate de pié en el poyo y con las manos puestas en la jaula, decia:

—¡Qué crueldad!.. Estas canoras aves han sido criadas para hendir los aires y trinar de rama en rama y de pedrisco en pedrisco por las selvas y los bosques. Las que vienen á nuestros jardines, son acreedoras á nuestra gratitud, porque en cambio de la yerba ó del grano que recogen, nos regalan con sus himnos de infinita melodía. Un cazador de jardín, no puede ser sino un niño ó un hombre sin reflexion... Además, estamos en el tiempo de la cria: puede ser que este jilguero haya arrostrado los peligros de meterse aquí, para llevar á sus hijuelos más exquisito alimento que el que encontraba en otras partes... ¡Robar unos hijos á su madre ó á su padre!.. ¡Qué monstruosidad!

En aquel momento levantó la trampa de la jaula, y el jil-

guero, de un vuelo, acompañado de un prolongado trino que revelaba su infinita alegría, cruzó el espacio con la rapidéz de una flecha.

El Abate quedó pensativo y siguió á la avecilla con la vista hasta perderla á sus alcances. Maquinalmente, entretanto, abria la otra puerta de la jaula, y el verderol, como atontado, erguiéndose con majestad infinita sobre sus piernas, se detuvo un momento debajo de la mano de su libertador; trinó, y ya convencido de que era árbitro de salir, emprendió su vuelo piando alborozado hasta las ramas de un álamo blanco inmediato, donde rompió en un canto que jamás hubiera emitido su garganta en el estrecho recinto de su cautiverio.

—Así debe ser, dijo el Abate; tú ibas á ser la causa inocente de la esclavitud de uno de tus hermanos; él ha sido la de tu libertad. Cuando el alma es inocente del mal que se infiere á otro, Dios permite, á veces, que aquel mal se trueque en bien...

La Montreó oia este monólogo en el momento que iba á retirarse. Tenia aun nuestro hombre las manos levantadas á la altura de la jaula, cuando reparó en ella y la dijo:

—¡Ah; estabais aquí!.. ¿Habeis visto lo que he hecho, señora de Montreó? No quiero esclavos á mi lado.

—Sí, señor, lo he visto... Pero como una ama tanto á los pájaros...

—Pues si los amais, señora, ¿á qué molestarlos? Es preciso que comprendais que semejante amor es una locura por no decir...

Como la Montreó no tardase en penetrarse bien de esta verdad, los jardines se poblaron de tal manera de toda clase de avecillas, que en realidad aquel jardin parecia una inmensa pajarera. Allí los pájaros eran tratados con un respeto tan profundo, que se consideraban seguros á un palmó de las manos de las pocas personas que entre ellos transitaban.

Y de aquí deduciremos tambien nosotros, que en aquel jardin todas las flores levantaban al cielo sus cálices ó corolas,

pues pertenecía á un hombre que, aun á costa de ensangrenarse las manos, procuraba que ninguna de ellas sufriese *vejámenes*, como él decia, que la inteligencia ó poder del hombre alcanzase á corregir.

Es claro que el ente vulgar á cuyo conocimiento hubiese llegado semejante modo de discurrir sobre asuntos tan pequeños, no pudiera menos de tomar esto por una simple excentricidad de su carácter.

¡Pero si hubiera sido esto solo!

Cierto dia se presentó á la puerta una mujer vestida de negro, y pidió con gran insistencia hablar con el señor Abate. La Montreó sabia lo que la correspondia hacer; preguntó á la enlutada quién era y qué recado debia pasar al señor Abate.

La enlutada parecia resistirse á estas preguntas; no respondia sino balbuceando frases incoherentes, y la Montreó dudaba que resolver. Mas entre prolongar la situacion de aquella enlutada, que le parecia altamente angustiada, ó exponerse á presentarse al señor Abate sin saber que decirle respecto de ella, prefirió lo segundo, aun á trueque de que aquel extrañase su tontería.

Pero se engañó. Después de breves preguntas, á las cuales no supo qué contestar, se le ocurrió decir:

—Es una mujer vestida de luto...

—¡Basta! exclamó el Abate; que pase adelante; vos misma, señora Montreó, acompañadla hasta aquí. La muerte ha pasado muy cerca de ella, y jamás el roce de la muerte deja de imprimir en los corazones levantados una señal de su grandeza. ¡Que entre!

Cuando aquella mujer estuvo delante del Abate, tampoco supo que decir. Era el llanto que se lo impedía. Nada importaba, pues éste, leyendo en su alma, fué preguntándole todo lo que sin duda la infeliz deseaba decirle.

—¿Sois viuda? la preguntó.

—Sí, señor...

¿Habeis quedado desamparada?

La mujer solo contestó con un suspiro.

—¡Tal vez madre! repuso con tristeza. Sois muy jóven; acaso vuestros hijos sean aun pequeñitos! ¡Pobre mujer! ¡No lloreis!

Entónces los ojos de la mujer, cual una fuente que se seca repentinamente, cesaron de llorar, y lanzando una mirada de rayo que el Abate apenas pudo resistir, exclamó:

—¡Señor, salvadme! ¡Estaba loca, no sabia lo que hacia! Para mí no lo hubiera hecho nunca; ántes hubiera muerto mil veces de hambre. Pero tengo dos niñas; cuatro años la primera, tres la segunda!.. No tenia dinero, ni alhajas, ni ropas que cambiar por un pedazo de pan!.. Mi Clarita lloraba, mi Julia estaba enferma!.. Todo lo habia vendido durante la enfermedad de mi pobre Diego!.. Me ofrecieron dinero... ¡Ah, señor, qué tentacion! ¡Una madre! ¡Si supierais lo que es ser madre! Una madre no deja morir de hambre á sus hijos, nó; eso nó!.. Además, yo no sabia lo que hacia!.. Aquel dinero me abrasaba las manos; abrasaba todo mi cuerpo... ¡Y ahora me persiguen! ¿Qué será de mis hijas, de mis desgraciadas hijas?.. ¡La cárcel! ¡Ay, Dios! ¡Esta idea me horroriza!.. ¡Salvadme, señor, salvadme!

El Abate no pudo adivinar á primera vista sino que tenia delante de sí, á sus pies, una mujer desgraciada y quizás digna de perdon, fuese cual fuese el delito en que hubiese incurrido. El dolor, el arrepentimiento, los remordimientos, hablaban ese lenguaje que acaso Dios solo pone en boca de sus criaturas cuando en los recónditos juicios de su mente está formulando la absolucion de sus pecados. El Abate no tenia necesidad de saber más para levantar del suelo á aquella mujer; y la levantó diciendo:

—¡Tranquilizaos! ¡tranquilizaos!

—¡Me persiguen! exclamó horrorizada.

—¿Quién?

—Un hombre.

—¿Y quién es ese hombre?

*Urbio Peres*

—Un soldado de la policia... ¡Ah! he cometido un gran crimen; pero yo no lo sabia. Me dijeron que era moneda de la misma ley que la del gobierno; que no engañaba á nadie; que... ¡Señor, misericordia!

Lo que pasó después nadie lo sabe. Solo diremos que trascurrido algun tiempo, la mujer enlutada, cuyo nombre era Claudia, salió de la casa sin temor alguno á la sombra ó espectro que decia perseguirla. Con ella iban dos niñas, hermosas como dos estrellas del cielo. Cómo se manéjé el Abate para salvarla, lo ignoramos tambien, pero tal vez tenga que ver algo la circunstancia de habersele visto, precisamente en aquellos mismos dias, penetrar varias veces en el despacho del jefe de policia.—Sospechamos, no obstante, que algo grave pasaria entre los dos, cuando á propósito de esto se le oyó decir:

—Dios me perdone; pero el que declara, por más que sea en verdad, contra el arrepentido, siempre me ha producido el mismo efecto que el falso testigo. Es preciso dejar obrar á la conciencia. El hombre no debe ser ciego como el topo, ni duro como la piedra. El criminal que llora, no es más que un desgraciado. Ni el verdugo ni la ley matan; matan los testigos. Cuando las circunstancias, pues, nos ponen en el caso de intervenir en asuntos de justicia humana, debemos mirar á Dios y al reo: el uno nos dirá lo que hemos de hacer respecto del otro...

## CAPÍTULO VI.

De cómo en una mesa revuelta puede vagar el alma de un poeta,  
artista y filósofo.

También podía juzgarse de este hombre por otros medios: — En su pupitre existían una infinidad de manuscritos; unos de su puño, otros nó. Sobre el pupitre veíanse varios libros, entre cuyos pliegos habia colocadas largas tiras de papel escrito, y el márgen de sus páginas estaba plagado de notas, signos, exclamaciones, que no pocas veces parecían incoherentes y sin sentido. Abramos su pupitre.

En un borrador de carta que llevaba la fecha del 12 de Junio de 1608, leíanse los siguientes párrafos:

«Ayer, al caer de la tarde, desembarqué en esta tierra donde parece que Dios ha querido amontonar todos los encantos de la naturaleza. Respirar el embalsamado aire de la pátria de tantos mártires, de tantos poetas, de tantos artistas, cuyos nombres llenan la mente humana como la mirada de Dios llena la tierra flotante en su seno de éter insondable, es respirar, señora, el aliento de donde han brotado como á raudales las inspiraciones gigantescas del hombre, que han abierto al espíritu humano las sendas diamantinas por donde trascurre elevado y grande hácia los fines milagrosos en que el Eterno tiene su índice apuntado! ¡Italia! ¡Italia!.. Permitidme, que al despedirme de esta tierra la salute con efusion y mezele vuestro nombre con el suyo venerando!..

»...Mucho ántes de descender el sol, la mar parecia un an-

cho espejo suspendido sobre un abismo. Sus horizontes cortaban el espacio como un círculo de fuego: el aire no producía más rumor que el beso de una madre sobre la frente del niño que duerme y á quien teme despertar. Nuestro buque, se mecía sobre un mar sin ondas, debajo de un cielo cerúleo, sin accidentes, mudo: sus vergas crujían lenta y acompasadamente, confundiéndose su eco con el graznido de las aves marítimas que cruzaban el espacio como dormidas, y sin ale-  
tear apenas.

«De repente, la estela que el buque trazaba en las aguas, desplegándose como un abanico á inmensa distancia, nos advirtió que describíamos un ancho semicírculo en el mar. Aquel semicírculo, abría á nuestra vista un panorama bellísimo, un cuadro sorprendente, un paisaje fantástico. Era la ciudad. Era Nápoles, la hermosa y encantadora hada de los mares, vista desde el cabo Posilipo.

— «El sol se hundía como un inmenso topacio tras los lejanos montes que esconden la tumba de Virgilio, al mismo tiempo que la luna se levantaba del fondo de los mares cual un globo de fuego. Me pareció en aquel momento que se verificaba en el cielo uno de esos fenómenos de la refracción de la luz por el enrarecimiento del aire, tan frecuentes en los tempestuosos hielos del polo conocidos con el nombre de *paralelismo*, por presentar la imagen de dos soles, el uno en frente del otro. El sol parecía de plata y la luna de oro. El cenit trasparente y semejante á una gasa azul turquí, infundía en mi espíritu la ilusión de un inmenso pálio suspendido por una punta en el mismo cráter del Vesúbio, que se presentaba como una pirámide de brillantes cornelinas. El aire, impregnado del aliento de las flores, agitaba sus alas rumorosas, y las montañas que cierran los horizontes occidentales, semejantes á un vasto anfiteatro de granito con profundas grietas cubiertas de musgo—que son los verdes viñedos que salpican sus montes—principiaban á oscurecerse bajo de un cielo que dibujaba, como sobre una lámina de fuego, las mil siluetas que su accidentado

terreno proyectaba en el espacio. ¡Todo era grandioso en aquella hora, señora, todo!»

A deducir por la fecha que llevaba y por ciertas expresiones de la misma, el borrador de esta carta pertenecía á la época en que el Abate acompañó á Roma al Subdelegado de Avignon, y recibió del Papa un encargo especial acerca de Enrique IV. A no equivocarnos, iba dirigida desde Nápoles á la virtuosísima esposa del Conde de Foigny, de la que era director espiritual, y á quien á su pesar debia cierta elevacion entre personas de alto rango. Su estilo revelaba en él un buen poeta.

Veamos ahora otros fragmentos de una carta dirigida al conde de Chalais, en 1630; época en que dicho conde se hallaba emigrado de Francia por enemigo del Cardenal Richelieu.

Decía así:

«La ausencia, sí, Monseñor, encierra misterios muy profundos; es inherente á las distancias: pero una distancia puede medirse por larga que sea, mientras que una ausencia puede no tener fin. Un camino que se recorre, se conoce más ó ménos; una ausencia que se prolonga sin remedio, sin que esfuerzo alguno pueda evitarla, tiene algo de la oscuridad del caos y de los vahidos que deben asaltar al que se precipita á un abismo. Salvar una larga distancia, fatiga; pero la fatiga salva al fin la distancia, por larga que sea: la ausencia martiriza, solo martiriza...

»La ausencia es el tiempo cuyo trascurso queremos acelerar y detener á la vez: nos llena de angustia el tiempo ya pasado; nos desespera el que está por venir. El tiempo lleva consigo un terrible amuleto que se llama *olvido*; es una adormidera de cuyo cáliz brotan los sucesos misteriosos que una mano rodeada de sombras, reparte entre las almas que pueblan la vida terrenal... Y es forzoso aplicar los atributos del tiempo á la ausencia porque... ¿acaso no son una misma cosa?

»Comprendo, pues, Monseñor, toda vuestra angustia, ya



que no podeis formular una sola idea sino con relacion y referencia á vuestra bella y querida hija Enriqueta...  
 «...El tiempo tiene tres faces: el pasado, es un sueño; el presente, un deseo; el porvenir, la noche. Puede decirse que no hay presente, porque un deseo se refiere siempre al porvenir; el presente se escapa á nuestros sentidos, y aun á nuestras facultades. Es más: el pasado y el porvenir, bajo ciertos aspectos, son una misma cosa, por ser lo uno la imágen que se aparta de nuestros ojos, y lo otro la reproduccion idéntica ó alterada, trasformada ó negativa á veces, de la misma imágen que vuelve. Es un círculo sin solucion de continuidad; un punto impalpable, incomprendible. Se ignora tambien si este punto radica en el pasado, en el presente ó en el porvenir. El pasado vuela, se precipita huyendo de nosotros, se pierde en un abismo sin nombre. El presente es la lima invisible que desgasta fibra á fibra el corazon, el cerebro, y átomo por átomo toda la materia. El porvenir es un rio que se desborda y nos acosa y nos envuelve irremisible en su corriente á veces de fuego, y á veces de rosas, pero siempre pasajera como el rayo. En último término, *noche*. Es el tiempo, la muerte que se presenta delante de nosotros, nos toca con su helada mano y nos destruye: verla, es sentirla; sentirla, es caer bajo su imperio. Todo, la obra de un soplo.

«La vida es una eterna metamórfosis. Cada instante es una revolucion en el átomo de que se compone la materia; revolucion que encierra todos los misterios que son el atributo del tiempo. El átomo se descompone en el espacio como la molécula, y la molécula como la porcion más grosera de materia bajo la accion de las sales de que dispone el químico...

«Pues bien: si el olvido es el atributo del tiempo como eterno destructor de lo existente; si los afectos morales mueren tambien y se destruyen, es decir, se metamorfosean obedeciendo á idénticas leyes que las físicas, vuestra ausencia prolongada, os preguntais, ¿podria acabar acaso por extin-

guir hasta en el alma de vuestra Enriqueta, su recuerdo apasionado? ...

» ¡Qué horrible conclusión; Monseñor, de semejante raciocinio! La ausencia entre dos seres que se aman, unidos por la naturaleza como esas rosas de guirnalda que brotan la una del cáliz de la otra, ¿causar el olvido? ¿producir un principio de muerte entre los dos? ¡Ahuyentad por Dios estas ideas!.. ¡no seáis impio! Distinguid entre la materia y el espíritu.

» Los afectos del ánimo, es cierto, se calman, embotan y mueren; pero estas revoluciones del sentimiento, están en relación á la libertad del sér en que se operan; no con relacion al tiempo ni al espacio. ¿Negareis en vuestra hija todas las bondades de un ángel? No temais, pues, su ingratitude. Su misma madre, (perdonad que os hable de ella) no podria inducir la á semejante monstruosidad.

» Comprendo, afortunadamente, que los ensueños de la triste noche de que me hablais, os condujeron á semejantes raciocinios.

» Pero, si el crepúsculo de la noche es la hora misteriosa de las melancolias, hora en que se concentra el espíritu y se saborea el placer de estar triste; el crepúsculo matinal es la hora en que el corazon se dilata como en aras de las armonías seductoras del cielo, que nos recuerdan la voz de los ángeles que adoraron la Creacion en los momentos de brotar del caos primitivo: ¿No comprendéis esto?..

» Es que la caída del sol, nos habla de la sublimidad de la muerte, y la estrella del alba, de la eternidad de la vida.

» Entre las sombras de la noche, léense preguntas muy aterradoras, es cierto, Monseñor.

» ¡Tras de la muerte, el misterio!..

» ¿Dónde van las almas, preguntáis, al abandonar la tierra? ¿Acaso entre los pliegues del más allá, se ven, se conocen, se aman, y en la infusion del espíritu y el éter, yenden lo inconmensurable, formando un solo soplo del Eterno creador? ¿Dónde van las almas? ¿Acaso á habitar en el orden de los or-

bes, otros planetas, donde la vida es distinta, el recuerdo un accidente apagado bajo las cenizas de lo inerte, y nuestro globo un punto microscópico, más microscópico que uno de esos seres que la gota de agua contiene en mayor número que el de los habitantes que polulan sobre la haz de la tierra? ¿Dónde van las almas? ¿A purificarse de las manchas contraídas con el contacto de la materia?.. ¿Antes de volar á los Eliseos, han de atravesar las llamas del Orco? ¿Es la muerte el *no-ser* absoluto?

«La estrella del alba ha sido siempre para mí un libro luminoso, donde he leído la contestacion de estas y otras innumerables de vuestras preguntas. Tras la estrella del alba, está siempre el sol: ¿no habeis visto nunca tras de ella á Dios?

«Dios es la eternidad de la justicia, del amor, de todas las armonías; es la mano distributiva de la luz y el movimiento, es la razon y la vida. Nuestro organismo es su obra, como la naturaleza es el altar de sus adoraciones. Su voluntad se cierne majestuosa sobre el pensamiento humano: es la idea. Su poder imprime en la conciencia, la fuerza y el impulso de las universales sensaciones del sér.

«Sin reconocer á Dios, Monseñor, toda lógica conduce, en vez de la afirmacion, á la negacion, al caos, á la nada. Toda obra inteligente es el producto de la inteligencia. Dos principios de razon lógicamente derivados el uno del otro, no pueden negarse entre sí. Si todo es la obra de Dios, todo debe afirmarle. ¿En qué religion, por imperfecta que sea, en qué teodicea, no vemos de un modo ú otro, resplandecer una metempsícosis? El alma se siente en todas partes donde el hombre existe, y se reconoce inmortal en todas las latitudes del globo, en todas las edades de la humanidad, en todos los instantes de la historia. La inmortalidad es una aspiracion y un sentimiento universal. La universalidad de los sentimientos y las aspiraciones, son la obra de Dios; Dios necesario, Dios que sin ser, nada de lo existente la razon comprenderia. El alma es, pues, inmortal, como no se pretenda que la lógica con-

secuencia de un principio necesario, sea la propia negacion del principio mismo; es decir, como no se crea que Dios haya grabado en nuestra inteligencia y en nuestro corazon, sentimientos sin objeto, sueños de mentira, en vez de relaciones íntimas de verdad entré Él y su obra.

»Tampoco las nociones de justicia universal y eterna, pueden ser otra cosa que el reflejo mismo de la encarnacion de la verdad en Dios. La naturaleza tiene horror al vacío. El apagado recuerdo de una vida al trasformarse en otra, la reminiscencia muerta, no otra cosa seria que el vacío. Las almas tienen, pues, memoria de lo que han sido, sin lo cual la justicia, segun nuestra razon armónica con la razon absoluta, que es Dios, seria el absurdo. La justicia tiene dos modos de manifestarse: la recompensa y la purificacion. El dogma de la perfectibilidad es, en todos los órdenes de la vida, eterno. Ni es posible que el que sufre aquí víctima de las injusticias de los hombres, que son el resultado de sus imperfecciones, no se vea allá comprendido en la ley universal de las compensaciones. Ni lo es tampoco, que esa ley deje de comprender al que procede contra la razon en daño de sus hermanos. Toda infraccion de ley, así fisica como natural ó moral, supone un castigo. La justicia es una; solo su aplicacion es múltiple y se llama equidad, por referirse al modo, tiempo y circunstancias.

»La estrella del alba, representacion viva á mis ojos de la reproduccion de toda vida; nuncio precursor de la mirada de aquel ojo á cuyos rayos abren las flores sus cálices, y á cuyo aliento las aves se sienten inspiradas y brotan de su arpada lengua tantos himnos de majestad; la estrella del alba, imagen de la púdica mirada de una Virgen, lleva siempre á mi alma la afirmacion de principios bellos, dulces, consoladores. Para saber lo que es la muerte—accidente de la vida,—leed en los misterios de la noche: para saber lo que es la vida—accidente de la eternidad,—leed en la estrella del alba, medita. La naturaleza para quien sepa pensar y elevar su pensamien-

Vicente de Paul

to de la induccion á la deducccion , es el gran libro de la ciencia ; la Biblia de todos los idiomas.

«No se puede pensar en el tiempo , en ese elemento inherente al sér y á la vida , necesario á todo , parte del mismo todo , y agente destructor al propio tiempo en la eterna metamórfosis de descomposicion por la composicion , de los efectos por los defectos , de las afecciones por las defecciones , ó como si dijéramos , de la aspiracion por la respiracion , que son su obra , sin pensar en Dios , idea de absoluta regularidad , sintesis latente de armonia , nivel suspendido sobre el espíritu universal , como fuerza de gravitacion de la propia materia genésica... Pensar en Dios , en no temer los efectos del tiempo , es comprenderlos: comprenderlos , es admirarlos en la grandeza del que es su origen y fuente...

» Vos creéis en Dios , y le adorais!

— «Hé aquí mi espíritu tranquilo respecto á vos... ¿por qué no tranquilizais el vuestro respecto á Enriqueta?»

El conde de Chalais tiene algo que ver en nuestro drama , y por esto nos permitimos insertar aquí este fragmento de una carta dirigida á él. En 1626 , es decir , cuatro años ántes de la época á que la carta se refiere , era el conde un jóven de ideas disparatadas , loco ; casó con la señorita de Momparnas , modelo de virtudes en un principio , pero que acabó por aborrecer á su marido , cuyo destierro se le atribuía en union del marqués de Lavallette. La desgracia le habia hecho filósofo.

— Prosigamos. El Abate habia sido limosnero en 1610 de Margarita de Valois , una de las más hermosas mujeres de su época , por lo cual se hallaba bastante engreida. Este era un defecto que todo el mundo reconocia en ella.

Sin duda á la Valois iba dirigido el siguiente manuscrito:  
«¿Qué es la belleza? ¿En qué consiste? Voy á contestaros.  
»Señora , la belleza se define de mil maneras. Es una idea y un sentimiento. En los objetos de la naturaleza , es debida á Dios ; en las obras del hombre , es debida al génio. Toda

belleza puede examinarse bajo el punto de vista artístico, y bajo el punto de vista moral.

»La belleza artística parece debida, en primer lugar, á la forma conjuntiva del objeto, á la pureza y correccion de las líneas de cada una de sus partes, y al tono y colorido que las comprende. Obedece á una ley de simetría y á una ley de libertad. Es la armonía entre una idea que no tiene límites, y una regla fija de certeza. El arte es la inspiracion del hombre civilizado. Es la necesidad comunicativa del espíritu. Es un estudio del sentimiento, una sensacion plástica, un símbolo de fé. La belleza, respira y aspira; respira atada por el síngulo de la materia, y aspira á revelarse fuera de ella. Sus dos manifestaciones, la artística y la moral, son correlativas: la una es por la otra. Una belleza sin idea, no se concibe, como no se concibe el arte sin objeto, sin forma.

»Refiriéndonos al rostro humano, la belleza es aun más difícil de definir y de precisar. La más perfecta correccion de líneas; las proporciones más entendidas, el dibujo más puro, el colorido más seductor, no constituyen la belleza del rostro. Parece, no obstante, después de todo, hallarse indicada en la expresion de la mirada y en la sonrisa de los labios. Pero ¿qué es la mirada? ¿Consiste en la posicion de la pupila, en el color de la misma, en su tamaño, en la refraccion de su brillo? Quizás. Pero nadie podrá precisar una mirada en el propio instante necesario á la belleza. ¿En qué consiste la sonrisa? Ya el arte dice más sobre este punto; es el surco, es la línea curva; pero ¿en qué inclinacion y proporcion? Se ignora. Démos por ejemplo á una belleza, la frente virginal de una mujer ideada por Rafael, donde se vea trasparentado con cierta diafanidad imponderable el mejor pensamiento de un artista; rodeadla de los mejores cabellos que Rubens haya ideado; dejad que Correggio pinte unos ojos más inspirados que los de su Magdalena, rasgados, con larga y sedosa pestaña; que Fidias, el mismo Fidias, delinee la nariz más correcta, y que Miguel Angel se encargue de producir los labios más risueños.

que haya soñado en sus éxtaxis más sublimes... ¿qué tendremos? Todo menos la belleza. La belleza es el misterio, señora. El artista la sorprende en los momentos de inspiración, y entonces deja guiar su mano en la tierra, mientras su génio permanece remontado al cielo. Todo conjunto supone punto conjuntivo. ¿Dónde está el de la belleza del rostro, para fijarlo, determinarlo, precisarlo? Lo imponderable no se abarca; una idea no se materializa. Se siente y no se vé; las reglas enmudecen aquí.

«La belleza del rostro, que es la expresión, no obstante, más sublime del arte en todas sus demostraciones, no es exigente en los detalles. Hay rostros, cuyas partes consideradas aisladamente, no son perfectas, y en conjunto expresan la belleza más pura, más ideal. ¿Por qué? Lo diremos de una vez: porque el rostro es la transparencia del alma, y nuestros sentidos aprecian su belleza, mejor que bajo el punto de vista artístico, bajo el punto de vista moral...

«Ahora bien, señora; nada hay más pasajero que la belleza del rostro. Es la flor de un sólo día; es una de esas nubes que al despuntar el sol vemos cerúleas y transparentes, y se desvanecen y evaporan casi en el mismo instante de su aparición. El tiempo no se entretiene mucho en destruir esta belleza: el calor del cerebro, la marchita; los latidos del corazón, la borran. Vemos, sí, muchas mujeres que podríamos llamar de mármol, que conservan la belleza por largo tiempo; pero aquellas mujeres son como la flor sin perfumes: si un sentido atrae á ellas, otro sentido, de ellas nos rechaza.

«Envanecerse por la hermosura del rostro es, de todas las vanidades, la vanidad más ridícula. ¿Quién ha puesto de su parte la menor pincelada constituyente de su belleza natural? Nadie. Envanecerse, pues, por ella, es hacer necio alarde de galas que son de otro, y que quizás solo las ha prestado al rostro para lucirlas dentro un marco de modestia, que es la aureola que mejor le cuadra. Quien la posee, debe estar agradecido á Dios, y quien por ella se envanece, se rinde culto á sí mis-

mo. La belleza sin la modestia, convida al vicio. La vanidad de la belleza, es como la escória del diamante, oculta su brillo.

»La vanidad, es solo un desmedido deseo de lisonja: el vanidoso pertenece á la familia de los necios. La vanidad en las mujeres, es la que las hace culpables en la juventud y ridiculas en la vejez. Y observó que de la vanidad al orgullo, esa pasion de los locos ó de los tiranos, no hay más que un paso. Se diferencia la vanidad del orgullo, en que éste se eleva para caer, y aquella se hincha para reventar.

»¡Pero la belleza moral!.. ¡Qué diferencia! Esta belleza es más seductora, más profunda, más adorable cuanto más el tiempo transcurre sobre ella. Algunos se engañan al creer que no es tan visible como la belleza natural ó artística, cuando precisamente es todo lo contrario. La una sorprende y fascina los sentidos; la otra es un anhelo constante del alma, y arrastra imperiosamente el corazon. La belleza física, se encuentra; la belleza moral, se busca. Si una mujer engreida de su belleza y vana, se conociese á sí misma, despreciaría al hombre que se enamorase de ella por ser capaz de amar á una cosa tan fútil. La belleza moral, se trasparenta en el rostro; quizás no sea en la perfeccion de las formas, quizás no sepa nadie dónde radica el secreto de su revelacion; pero existe y se vé: es una especie de respiracion del alma por el rostro. Una alma bella se adivina siempre, y aquella adivinacion, constituye lo que puede llamarse un culto de adoraciones verdadero ..

»Para la belleza física, no hay más que una edad, una época, un instante: la juventud, que es un soplo, y tras de la cual nos quejamos siempre de vernos sorprendidos por una vejez prematura. La belleza del alma, al contrario, tiene sus edades que, una tras otra, conducen directamente al cielo.

»Si la belleza natural, es la obra de Dios; si la belleza artística, es la obra del génio, la belleza moral es la obra de uno mismo, cada uno puede ser el artífice de ella. La mejor, pues, de las bellezas, la tenemos en nuestra mano. La ciencia



Muñoz

que trata de ella, de su desarrollo, de su importancia y de su objeto, se llama Religión...»

Entre las páginas de un libro encuadernado en pergamino y en cuyo dorso leíase, *Lucrecia*, encontrábase otro manuscrito. *Lucrecia* es el poema donde se encuentra claramente expuesta la filosofía de Epicuro. Divide la ciencia en tres partes: la *canónica* ó *lógica*, que prescribe las reglas de bien juzgar; la *física* ó *fisiología*, que contiene la teoría de la naturaleza, y la *moral*, que trata de los efectos de la voluntad concerniente al bien y al mal.

En un pasaje de esta última parte, estaba colocado el manuscrito que vamos á trasladar, y que venía á ser una completa aunque indirecta refutación de las palabras que el autor del libro pone en boca de uno de los personajes.

Decía así el manuscrito:

—«¿Purgar pecados ajenos! ¿qué quereis? ¡esta es la ley!»

—«Hay una ley que impera sobre la vida universal y se llama *solidaridad*. Hay solidaridad en el cuerpo; solidaridad en la familia; solidaridad en la especie. Sus leyes son como las del aire, la luz y los sonidos. El individuo, para los efectos de la solidaridad, es el átomo: sus movimientos, la conciencia en acción. Remuévese el átomo, y toda la materia se remueve. Producid un sonido, y las ondas que abrirá en el aire, agitando unas á otras, llegarán hasta los últimos límites de la atmósfera, en todas direcciones. El átomo, empuja al átomo; la ola, á la ola. El aire enrarecido, produce el viento; el viento, conduce la nube; la nube, contiene el rayo; el rayo, estalla y descende, purifica y mata. Todo es equilibrio. Se ve y no se comprende en unos casos; se comprende y no se ve en otros. Los sentidos materiales no pueden apreciarlo todo, pero la inteligencia posee facultades microscópicas y telescópicas, que principian donde los sentidos acaban, y acaban en las primeras ondas de lo que hoy llamamos misterio, y mañana quizás se llamará ciencia.

» Y pues la conciencia en acción obedece á la ley de solidaridad universal, cada uno de sus actos influye en todo y en la de todos. Afluye y refluye: toda la conciencia se remueve. Produce el oleaje que agita la masa. Una idea formada en el cerebro de un hombre, llámese Confucio ó Platon, Sócrates ó Epicuro, Galileo ó Descartes, incendia toda la atmósfera inteligente como una chispa de luz; toda la atmósfera fluida. No hay más que una luz: el ojo es el sol. El topo, llama al día noche; el murciélago, le llama crepúsculo. Un hecho, es tan solo una idea. La impresion de estos, es igual á la difusion de aquellos. Los hechos brotan como si dijéramos armados de cierto dentelleo dispuesto para engranar con todos los demás, y animados de una fuerza de rotacion propia, incontrarrestable. Siempre hay espacio para una rueda más, y cada una de ellas, imprime distinto movimiento en todo el aparato mecánico, ó de aceleracion ó de retraccion.

» Hé aquí por qué el mal y el bien nos representan una cadena cuyo término se pierde en las nebulosidades de la inteligencia: hé aquí por qué los hijos sufren por las defecciones de los padres; las sociedades, por los desvios de las sociedades, y las vísceras del corazon del uno, por las aberraciones del cerebro del otro. Esto explica las lágrimas del amante desgraciado, lo mismo que la terrible maldicion que leemos en la Biblia: «castigaré los pecados del padre hasta la quinta generacion de sus hijos.» En el orden social, nos enseña como Alejandro eslabona á César, César á Atila, Atila á Carlo-Magno, y Carlo-Magno...

» Y de todo esto se deduce, con aplicacion á la conciencia humana, que el mal ó el bien que se hace á uno, se hace á todos, y quizás para siempre, en todos. Y se deduce más: que es imposible ocultar á Dios la menor de las causas de estas evoluciones, que, condensadas en el tiempo y en el espacio, observa la inteligencia claramente, pero tan solo en sus grandes efectos.

» Sí, si; vosotros habeis dado un nombre á la ley de la soli-

Vicente de Paul

daridad universal, lamentándoos de ella sin saberlo con estas frases: *purgar pecados ajenos...*

»Pero consolémonos: el bien obedece á idénticas leyes, y mientras estas cada día ensanchan más su círculo, aquellas, las del mal, pierden terreno. En las luchas entre Dios y el demonio, la victoria no es dudosa.

»En lo humano, la espada que combate por el bien, por la verdad, por la justicia, por el equilibrio final, hácia el que el mismo Dios empuja á la humanidad con potente diestra, se llama PROGRESO.

»¿Qué es el progreso?

»El progreso es el movimiento hácia lo mejor; es el tránsito de lo ménos perfecto á lo más perfecto; de lo más pequeño á lo más grande: es á la vez una expansión, una elevación y un perfeccionamiento; en una palabra, significa *engrandecimiento del sér.*

»Aplicado á la vida, el progreso exprime ese movimiento nativo por el cual el ser viviente tiende á elevarse, á extenderse y determinarse; es la vida que sube, que se dilata, que empuja de dentro á fuera, invadiendo el camino que Dios le abre en el espacio y en el tiempo.

»Considerado en la criatura dotada de inteligencia y de libertad, el progreso es además, una marcha libre hácia su fin, y un destello inteligente hácia lo ideal; un movimiento de abajo arriba, que lo hace subir de grado en grado hácia el objeto que mira, que ama y que se esfuerza para abrazar...

»... Pues bien; el mal solo tiene una arma que lucha en su favor; esa arma es la ignorancia. ¿A qué grado, amigos míos, nos hallamos del progreso? ¿Y en qué habeis contribuido vosotros para alcanzar á él?

»La suma de trabajos corporales é intelectuales que representa cualquiera de los hechos materiales ó morales que forman la atmósfera social en que vivimos, es asombrosa. Si cada una de las facies progresivas porque ha atravesado el más insignificante de ellos, debiéramos representarla por una cifra,

la suma seria fabulosa. Fijáos en cualquiera hecho. La física, viene sorprendiendo las leyes ordenativas del universo; la química, es una especie de segunda naturaleza. La ciencia abre las entrañas de la tierra y nos deja leer en ellas las edades del mundo, su formación, sus revoluciones por el fuego, por el agua, por el aire. El más profundo de sus cataclismos, es sólo una palabra escrita en piedra, cuyo significado comprendemos claramente como los caldeos ó los égiptios comprendían los geroglíficos de los sepulcros de sus mayores. Conocemos, clasificamos y ordenamos, desde el fósil más asombroso á la más pequeña concha de los mares: hemos descubierto la escala gradual desde el pólipo á la palmera y el cedrō. El arte, esta inspiración celeste brotada en la mente humana para crear con la industria, su compañera; todos los elementos de seguridad, comodidad y recreo, con sus misterios y prodigios; elevando al hombre á una categoría personal inmensa, y enlazado siempre con la ciencia, ¿á qué altura no se halla al través de una constante y penosa elaboración de los siglos? Fijáos en el objeto más insignificante de la obra de la mano del hombre, y contemplad su punto de llegada desde su punto de partida. ¡Qué asombro! ¡Qué cadena de invenciones, de descubrimientos, de trabajos acumulados! ¿Cuál es el punto de partida de las Matemáticas, de la Astronomía, de la Medicina, de la Filosofía, del Derecho, de las Religiones? ¿Cuál es su punto de llegada? ¿No es el caos lo primero? ¿No es la luz lo segundo? Un progreso, es cierto, entraña á otros en progresión geométrica, y esto viene sucediendo desde el primer yagido de la creación; pero, para desentrañar uno de otro á costa de tan grandes trabajos, ¿qué habeis hecho vosotros, decidme, amigos míos? ¿En qué han contribuido vuestros esfuerzos para alcanzar el presente estado de civilización? ¿Qué habeis pagado para disfrutar de él? Nada. Aquí tenéis, pues, completada la ley de la solidaridad. El mal es el error; el progreso es el bien. A la frase *purgar pecados ajenos*, anteponed: *beneficiar méritos y sacrificios de otros.*»

Urbano Grandier

Creemos que no se habrá olvidado que nuestro punto de partida es el año 1638, año en que la Reina Ana de Austria, después de veinte y dos de esterilidad, debía dar á luz á Luis XIV, á quien la historia dió el renombre de *el gran Rey*, sin duda por la poderosa influencia que ejerció su reinado en los destinos futuros del mundo. Y decimos esto, porque en tal época principia á marcarse un período de transición muy notable en el estadio de la civilización y de las letras. Si bien hacia solo cuatro años que Urbano Grandier había sido quemado como hechicero, hacia tres que Richelieu había instituido la Academia Francesa, y dos de la fundación del primer periódico de la Francia, donde el Cardenal escribió tantos artículos. Hacia un año que Descartes había publicado su ruidoso libro *El Método*, y bien pronto debía morir el autor del *Agustinus*, Jansenio, plagiador de Lutero y de Calvino, cuyas doctrinas condenó tres años más tarde el Papa Urbano VIII.—Galileo dejó de existir pasados cuatro años.

La Italia había abierto el camino brillante al humano ingenio. Dante, Petrarca, el Ariosto y el Tasso, habían aparecido sucesivamente. Spencer, Sidney y Shakspeare, les habían sucedido en Inglaterra. Guillen de Castro, Lope de Vega y Calderon, habían florecido ó florecían en España, en tanto que Malherbe y Montaigne, pulían la lengua que comenzaba á hablar. Corneille, cuyas tres obras maestras habíanse ya representado, contando apenas su autor treinta años. Vivían ya en aquella época y eran sus contemporáneos, Moliere, La Fontaine, Pascal, Bosuet, Labruyere.—Racine iba á nacer.

De modo que la Poesía, las Artes, la Filosofía y la Teología, principiaban á agitarse de un modo especial en el cerebro de la Francia. ¿Qué de extraño tiene, pues, que encontremos en el pupitre de un Abate, que *estaba en todas partes sin faltar en ninguna*, manuscritos como los que acabamos de desenterrar del polvo y del olvido? Nada.

CAPÍTULO VIII.

Lo que interrumpe el sueño de la señora Montreó.

Al describir, como de paso, las habitaciones llamadas el *gabinete* de la señora Montreó y el *salón* del señor Abate, podría creer cualquiera que hemos incurrido en una contradicción, pues que anteriormente digimos que las tres estancias á que comunicaba el patio de la casa eran iguales entre sí. Y efectivamente; no eran más que tres grandes cuadras idénticas, pero habilitadas cada una á su manera. La primera servía para administracion, secretaria, roperia, sala de guardias, etc., y la segunda para lo que hoy llamariamos *sala de expósitos*. La diferencia entre la una y la otra, no consistía en el local, sino en la disposicion correspondiente al empleo de cada una de ellas. Lo propio sucedia entre estas dos y la tercera, que, á adoptar el estilo algo hiperbólico de la Montreó, deberiamos llamar *habitaciones particulares del señor Director del establecimiento*.

Estas habitaciones estaban dispuestas del modo siguiente: A cada uno de los dos ángulos de la parte longitudinal de la cuadra, levantábanse cuatro robustas mamparas de tela embreada, y con una capa de yeso encima, blanca como la nieve. Dos de estas mamparas, las del lado norte, enclavadas por un lado del marco en las paredes y unidas por el otro entre sí con fuertes goznes de hierro, formaban un recinto de unos dieciseis palmos cuadrados. Eran un ángulo de tela enfrente de un ángulo de piedra. Estas mamparas tendrian

unos veinte palmos de elevacion. Desde esta altura al techo, que vendria á ser dos veces mayor, estaba cubierto con otras dos mamparas ó marcos de tela de forma angular, unidas por todos sus lados, y trazando por consiguiente, una seccion de pirámide cuya punta terminaba sobre una ventana practicada en la parte superior de la pared casi tocando al techo. Ese aparato ó recinto formado de telas embreadas, solo se diferenciaba del que ocupaba el lado occidental de la cuadra, en que este era de mayores dimensiones: su perímetro era de veinte palmos cuadrados, mientras que el otro era solo de dieciseis.

¿Por qué, se preguntará, esta disposicion cónica angular en la parte superior de semejantes estancias? ¿Por qué montadas con cuatro marcos ó mamparas de tela?

Lo segundo da poco que discurrir: por sí solo lleva á la mente del observador la idea de lo provisional y portátil... Lo primero deja comprender que el que dispuso esto, conocia las leyes de la reflexion. Era preciso aprovechar una ventana alta, cortando la direccion de la luz que por ella penetraba, y determinando la angulosidad de sus rayos hácia abajo, lograr al propio tiempo la condensacion de los mismos en todos sentidos.

Ya hemos descrito la disposicion interior de ámbos recintos. Echemos ahora una ojeada por fuera.

El pavimento estaba cubierto de madera. Junto á las paredes habia varios divanes de terciopelo azul de Utrek, muy usados y deslustrados, en los que no faltaba tampoco más de un rasguño. Tambien habia algunas sillás y sillones procedentes de distintos juegos; de asiento de enea ó cuero unos; forrados de estambre otros. Destacaba sobre todo este mueblaje, una gran mesa de nogal, con un pupitre encima: arrogante mesa que aun cuando contase muchos años de existencia, como indudablemente contaria, conservábase en el mejor estado y era un verdadero objeto de valor, lleno de incrustaciones, quizás de nácar, y esculpado primorosamente, con

bajos relieves y afligranadas grapas. Esta mesa se hallaba colocada junto á la chimenea que ocupaba el ángulo más cercano de la habitacion ó recinto denominado por la Montreó, el *salon* del señor Abate. Entre esta estancia y el llamado *gabinete* de la Montreó, habia una puerta que comunicaba con el jardin de que ya hemos hablado, y que ahora diremos tenia toda la forma de un foso circunscrito entre las tres alas del edificio, y un expeso muro de piedra que lo rodeaba á igual distancia por sus tres lados.

Dicho esto, busquemos á la señora Montreó en esta lúgubre estancia, á la hora en que precisamente el señor Abate acababa de llegar á la casa.

Pende del techo una lámpara, cuyos trémulos resplandores apenas logran difundir una luz opaca y sombría en la estancia. Los objetos solo se presentan como bultos negruzcos, y diríase que mejor se ven por la dudosa claridad de la luna que por la luz de la lámpara. No obstante, al lado de la chimenea, donde cierta claridad mayor debida, nó á la llama, si no al rescoldo de la misma, deja distinguir algo mejor los objetos más próximos, parece verse un bulto que se mueve: un bulto que traza en la pared como la sombra de una oscilante cabeza humana.

Este bulto es la señora Montreó.

El frio, el miedo y el sueño, la tienen acorralada allí. Tiritada de frio, y el miedo la impide atreverse á coger los morillos para agitar la lumbre. El miedo pone en sus labios el rezo de cien oraciones, y el sueño apaga su voz entre dientes hasta que el peso de su cabeza produce una sacudida en los nervios de su cuello, ora al caer sobre el pecho, ora sobre uno ú otro de sus hombros. Cada vez que esto sucede, se incorpora á la silla de brazos en que está sentada, y murmura algunas palabras. Es indudable que se reconviene á si misma: piensa en el Abate y compara.

Llega á proferir lo siguiente, aun que con voz tan imperceptible, que apenas nadie hubiera podido oirlo:

*M. Victor*  
*Guillermo*